

VARDAMAN

WILLIAM FAULKNER

Alfonso Alcalde

El musgo viene cerrando los ojos

MI MADRE ES UN PEZ



ESTA muerta—dijo—. (Movi6 los pliegues negros; tumultuosos—enfurecidos entre los hilos negros—de su velo).

—Está muriendo todavía—dijo la otra mujer. (Sus pliegues estaban paralelos, r6gidos; con un temblor fr6o, exacto, fijo).

Las sábanas de la cama se arremolinaban con un desorden de muerte que se precipitaba marchito. Y el cabello caía a borbotones: dorado, sin urgencia, con un aceitoso vaivén relampagueante, a veces como un pez recién arrancado. Entonces algo se levantaba como una podrida ebullición metálica: sonando; con sollozos. El rostro incrustado en el fondo, negro, con un musgo negro, rebasándose de los ojos vacíos, regresando como un huracán petrificado de lo negro que aleteaba con un ritmo sostenido, ácido.

—Está muerta, dijo— y...

—...no; no, está muriendo—dijo la otra mujer—. (Miraba

la lejanía: el muro desnudo, quebrado, indefenso y el largo vaporoso caballo blanco, blando, de humo espeso, retorcido en el centro, con las crines acumuladas en infinitas manos temblorosas, tambaleantes, huecas, deshilvanadas).

—Diles a los hombres que pueden pasar—dijo— (despedazó esta vez los pliegues. Los hundió en el aire como tratando de huir de una red negra y blanca, entretejida con retorcidos hilos de fuegos delgados). El velo dió otra vez algunos tumbos. La luz se precipitó cuadrada, dura, con un golpe licuoso, mojando con brillo la habitación: el naufragio del candelabro. Entonces el primer hombre—con la barba que le rodeaba el rostro como una herradura—, se precipitó danzando, sin ojos, exactamente igual que la moribunda con las manos gigantescas, con las venas retorcidas como látigos.

(Mi madre entrará en el bote—pensé—huyendo de los ojos amarillentos plateados de mis tías. Ellas saben—dije—que yo sólo puedo imaginarme que el ataúd es un bote. El cielo de la lejanía (gris-verde-lluvioso), lúgubre, se combaba detrás de la puerta solitaria, abierta. Había una gran desolación y un árbol con un hombre muerto (sujetando sus raíces). Algo giraba sin término como recogiendo sus círculos concéntricos, en la oscuridad. Y graznaba con un canto seco, cantaba con un aullido que se nutría de soledad vacía para siempre.

—Ahora tiene que terminar de morir—dijo. *Ahora que sus manos están muertas, que su cabello está muerto, y sus ojos y su corazón están muertos tiene que morir—dijo, riéndose sin el velo, con el velo recogido alrededor de los pies; desnuda con los senos secos, arrugados sobre el espejo amarillento.*

—¡Ha muerto!, dijo la otra mujer, estremeciéndola, haciendo tintinear sus muertes: *(sus huesos todavía estaban vivos, abiertos) y yo sentía caer gota a gota su caliente estupor dentro de mi sangre (como monedas dentro del agua).*

El caballo blanco perdió su perfil inseguro; pues la noche compacta, impenetrable, habiendo acumulado el viento sobre su

galope llameante, agitado, abría (rasgando), con un rasguño profundo: estrellas, luciérnagas, el llanto del niño que oía un haz de patas cayendo tenazmente, sin defensa, con un terror sin orillas, sin olvido.

Estás tan blanca y distante—he llorado, como si fueras mi primer hijo. *Algo hay en tus entrañas para el buril que te despedaza los huesos soltando los peces fríos, abiertos.* Entonces has conocido el daño de la tierra con mi primer abrazo, has conocido la ternura de la destrucción al escuchar crujir el espejo amarillento. Y el desorden de los pliegues blancos, agudos, estrellados como olas: muertos ya sin respiración posible; ocultos como caracoles.

Sólo mis manos han sido las más obstinadas; era tan poderosa su tenacidad que querían morir también), (tal vez sólo las manos) abandonadas con los dedos juntos sobre el corazón, como si el agua olvidada pasara entre los dedos; un agua verdosa: la piel, la hierba, las primeras flores, la calavera horrible, vacía, cantarina, sin embargo, emergiendo entre su mar siniestro, como una espada espesa, mientras la embarcación caía en la muerte, deshojándose la madera, separándose la muerte, furiosamente, con un rugido (espasmo-angustia), frenético, repetido sin cesar, rodeado con la desesperación (Flor tierra, raíz-sexo) ondulante, voluptuosa, sin eco permanente, profunda, invadiéndose de musgo tibio, con los huesos desorbitados de los muslos: golpeándose como una áspera cadena de gotas.

Tu madre ha muerto—dijo.

(Retorció el velo mostrándome sus pechos secos, arrugados). (El espejo amarillento estaba destruido). En la lejanía el caballo blanco estaba tumbado con las patas en alto como una estrella. (Sus ojos llenos de pus se separaron del llanto como de una lámina).

—Ha muerto—insistió.

Entonces me alcanzó la lámina (seguramente con la intención de que la desmenuzara, llorando).